



Cuando vuelvas

Cuando vuelvas a mi tierra
mi añorada Anabel.
de los rosales que tú plantaste en mi jardín
manarán gruesos manantiales de amor,
que con su cristalino canto
anunciarán mi pensamiento y mi amor.

Cuando vuelvas a mi tierra
mi añorada Anabel,
con el corazón abierto te acogeré,
y en un hábito de vida,
fundiré tu cuerpo al mío
amándote con delirio
hasta el gran estallido cósmico.

Cuando vuelvas a mi tierra
mi añorada Anabel,
dejaré rodar mi corazón junto al tuyo,
para contarte mis sueños y desventuras,
y en tus cálidos senos,
buscar mi solego de amor y de paz,
gozando con tus besos y caricias
un nuevo sueño de amor.

Cuando vuelvas a mi tierra
mi añorada Anabel,
volveremos a pasear
en la penumbra de la ciudad dormida,
recordando los idílicos días,
de nuestra historia de amor,
que cual si fuéramos niños
supimos gozar con inocencia
un sublime, puro y mágico amor.

Cuando vuelvas a mi tierra
mi añorada Anabel,
volveremos a soñar en mi jardín,
esas quimeras que escribimos
en la corteza de los áboles;
que con envidiosa fragancia,
los rosales reclamaban atesorar en sus pétalos
cada promesa de amor que nos hicimos.

Cuando vuelvas a mi tierra
mi añorada Anabel.
sembraremos en el cielo,
todas las flores que hay en mi jardín
para que en su manto azul
anuncien todos los días,
la magia multicolor de nuestro amor,
y en el escenario cósmico de cada noche
destellen con sus múltiples luces
tu nombre y el mío.

Cuando vuelvas a mi tierra
ya no volverás a la tuya,
porque en mi jardín,
falta la flor más bella,
mi mujer de multicolores,
mi añorada y amada Anabel
por quien hoy mi alma reclama

(Oruro, 12 de diciembre de 1996)
A. O. B.
(a solicitud expresa del autor)

Antonio Paredes-Candia:

Don Fed

Una semblanza del entrañable Federico Bla

I

En los sentimientos del ser humano hay recuerdos que perduran durante toda su existencia. De quienes le impresionaron no sólo por su sabiduría, su profunda cultura, su innegable capacidad de análisis sobre cosas e ideas, también por su decencia de conducta y su estoicismo para soportar un entorno no siempre adecuado a su sensibilidad y menos a su propio pensamiento.

Don Federico Blanco Catacora era así. Un hombre que había toda su vida dedicado a los estudios filosóficos. Para él la razón anulaba todo sentimiento. Pero dedicado a este hombre que predicaba tal, un día lo vimos emocionarse hasta las lágrimas al saber la muerte de Roberto Prudencio. "Ya no tendremos otro Roberto Prudencio", musitó consternado, y se ruborizó al caer en cuenta que su racionalismo había sido traicionado por sus sentimientos.

La figura de don Federico era corriente, igualmente sus rasgos, tez morena y cabello ligeramente ondulado; de físico un tanto cargado de carnes. Poco o nada traslucía su imagen la del hombre que en su ser guardaba un cúmulo de sabiduría.

No era individuo de rebaño. Le repugnaba la mediocridad de las camarillas literarias. Tenía contados amigos y disfrutaba como pocos la soledad de su pasar. Acaso siguiendo en el pensamiento a su maestro que "La soledad ofrece al hombre intelectualmente colocado en posición superior, una doble ventaja: la primera ser consigo mismo, y la segunda no ser con los demás". El contacto social que permitía era de catedrático y discípulos. Personalidad especial. Desde niño su comportamiento no había sido nada común. Una amiga suya que lo estimaba mucho, me relataba: "Federico siempre fue muy singular, decía, éramos niños, y la familia de él con la mía compartíamos vecindad. En la casa vivían muchos hogares y por supuesto éramos numerosos los niños que nos reuníamos a jugar en el patio de la enorme casona. Federico nunca nos acompañaba. Mientras nosotros en rondas y juegos infantiles llenábamos de algarabía el ambiente; él, silencioso y sentado en la puerta de sus habitaciones nos miraba con una mirada como si estuviese ausente ese momento. Después de un rato de observarnos, seguramente aburrido, se levantaba e ingresaba a sus habitaciones para no salir más".

Ya maduro tenía actitudes parecidas. Convencido de lo que él era, respondía cortante y orgulloso a los necios que se proponían enmendarle la plana. Observaba con piedad a toda esa sarta de "filósofos" simuladores de sapiencia, que reunidos en grupúsculos se echaban flores mutuamente. El maestro, siendo tan significativo vale intelectual, vivía descontento de sí mismo. "No escribo filosofía, sino sobre filosofía", repetía con la severidad de su honestidad. Aquel descontento suyo lindaba en angustia. Se exigía mucho y nada podía sustituir a su afán de sabiduría. Se hundía en la lectura con fervor, con ese deseo puro de compartir ideas y analizar el pensamiento del autor. Sufrió una depresión nerviosa que le duró unos años. Fue entonces que tuvo tres intentos de suicidio. Cuando ocurrió el último, corrí a visitarlo en el Hospital Obrero. Lo encontré sentado en la cama. Lo habían vestido con una blusa azul deshecha. Tenía las muñecas vendadas por haber intentado cortarse las venas. El gesto de su rostro traslucía "una tristeza sin fondo". Don Federico vine a verlo, atiné a balbucear de no saber qué decirle. Gracias don Antonio, me respondió, otra vez he fracasado, ni esto puedo hacerlo bien, usted es un hombre triunfador y yo un fracasado. Lo dije con una amargura inenarrable, dolorosa hasta más allá de lo humano, era un llanto sin lágrimas, seco, de desilusión, de tristeza y también de pesadumbre. Permisamente, le dije, y rápidamente salí al corredor del hospital, porque el llanto atascado en mi garganta me estaba asfixiando. Este hombre superior, de excepcional cultura, un filósofo de veras, se sentía un fracasado en la vida. ¿Yo un triunfador a su lado? Qué ironía me dije yo mismo. Cuando regresé a la sala, ya desahogado de mi amargura, lo encontré rodeado de dos muchachitas, sus alumnas en la Normal, que mirándole con ternura a su maestro, le decían mucho con su silencio.

II

Gustaba de la buena mesa y sobremanera de los pasteles, pero él se prohibía de servirse por la diabetes que se le había presentado hacia algunos años. Y cuando cansado de restaurantes y confiterías permanecía en su morada, era él quien preparaba su alimento: mezclando condimentos, tratando de descubrir nuevos sabores, mientras elaboraba las viandas, comentando y alabando a Brilla-Savarin y a su famoso libro. Aún en esos momentos tan domésticos era el intelectual puro y el hombre culto que dominaba el tema del que estaba charlando. Es decir el gran *gourmandise*. Muchas veces me honró el profesor